

LIBROS

CRIATURAS GRANDES Y PEQUEÑAS

Autor: James Herriot.

Traducción del Inglés por Jorge E. Ossa.

Nota del traductor: La Medicina Veterinaria, además de ser el más noble medio de proyección y servicio a la comunidad, es también fuente de inspiración para los poseedores del poder mágico de las bellas artes. Una prueba de ello es la obra titulada "Criaturas Grandes y Pequeñas", donde el autor James Herriot, Médico Veterinario escoses, narra en forma diáfana, amena y por demás, didáctica, las vicisitudes y los éxitos del colega James Herriot, desde la iniciación de su práctica en la década de 1930.

"Criaturas Grandes y Pequeñas" sobrepasó las barreras de la Medicina Veterinaria y se convirtió en uno de los "Bestsellers" en el año de 1974 (cuatro ediciones en 1972, 6 ediciones en 1973). Una película con base en esta obra ya ha sido anunciada.

En el capítulo I, el lector encontrará la razón para el éxito de esta obra y encontrará, además, que la práctica del colega Herriot en 1930 tiene importantes similitudes con nuestra situación actual.

CAPITULO I

En los libros no decía nada acerca de esto, pensaba yo, a medida que la nieve entraba por debajo de la puerta y se depositaba sobre mi espalda desnuda.

Yo yacía boca abajo en el empedrado, en una laguna de boñiga; mi brazo estaba hondo en la vaca que quería ahorcarlo y mi pié buscaba afañosamente un punto de apoyo entre las piedras. Estaba desnudo hasta la cintura y la nieve mezclada con estiércol y sangre seca, estaban adheridos a mi cuerpo. No podía ver nada fuera del círculo de luz titilante lanzado por la humeante lámpara de aceite que sostenía el granjero.

No, no había ni una palabra en los libros acerca de cómo buscar las ropas e instrumentos en la oscuridad, acerca de cómo asearse con medio balde de agua tibia, acerca de las piedras haciendo nido en el pecho, ni sobre las manos entumecidas, la parálisis agobiante de los músculos a medida que los dedos trataban de avanzar contra las poderosas contracciones de la vaca. No se mencionaba en ninguna parte acerca del agotamiento gradual, del sentido de incapacidad ni de la sensación de pánico.

Por mi mente pasó aquel cuadro del libro de obstetricia. Una vaca parada en un piso reluciente, mientras que un estilizado veterinario, con un overol immaculado, insertaba su mano a una distancia prudencial. El estaba relajado y sonriente. El granjero y sus ayudantes estaban sonrientes y hasta la misma vaca sonreía. No había boñiga o sangre ni sudor por parte alguna.

El hombre en la pintura apenas habría terminado un succulento almuerzo para pasar a la casa siguiente a practicar un poco de obstetricia, por el placer de hacerlo, a modo de postre. El no habría abandonado su cama, a las dos de la madrugada, para desplazarse sobre doce millas de nieve congelada, mirando semidormido hacia adelante hasta divisar la finca solitaria. El no habría subido media milla, rompiendo la nieve, hasta la pesebrera sin puertas donde se encontraba la paciente.

Yo trataba de tomar impulso para introducirme una pulgada más en la vaca. La cabeza del ternero estaba atrás y yo estaba empujando dolorosamente una delgada cuerda hacia su mandíbula inferior, con la punta de mis dedos. Durante todo el tiempo mi mano estaba oprimida entre el ternero y la pelvis. Con cada esfuerzo expulsivo de la vaca, la presión se hacía casi intolerable. Luego la vaca se relajaría para introducir la cuerda otra pulgada. Yo me preguntaba por cuánto tiempo sería capaz de soportarlo. Si no enlazaba aquella mandíbula pronto, nunca sería capaz de sacar el ternero. Lancé un lamento, apreté mis dientes y empujé de nuevo hacia adelante. La nieve caía sobre mi espalda y el sudor de la frente caía sobre mis ojos a medida que empujaba.

Siempre hay un momento en un parto difícil en que uno se pregunta si será capaz de ganar la batalla. Este momento ya había llegado para mí.

Cortos discursos empezaron a atravesar mi cerebro. "Tal vez sería mejor sacrificar la vaca. Su pelvis es tan pequeña y estrecha que es imposible ver el ternero"; o "este es un animal suficientemente gordo y realmente de tipo cárnico, no cree Ud. que sería mucho mejor sacrificarla?"; o quizás "esta es una presentación muy mala, en una vaca sin problemas de estrechez, sería posible corregirlo, pero en esta es simplemente imposible".

Desde luego, que yo podría haber sacado el ternero por embriotomía pasando un cable sobre la nuca y aserrando la cabeza. Tantos de estos casos terminan con el piso cubierto de cabezas, patas, pedazos de intestino. Hay libros muy gruesos dedicados a las innumerables maneras como se puede tasajear un ternero.

Pero ninguna de ellas era aceptable en este caso, porque el ternero estaba vivo.

Llevé mis dedos hasta la comisura de los labios del ternero, haciendo uso de un último esfuerzo y me sorprendí al sentir el movimiento de la lengua de la pequeña criatura. Esto era inesperado porque los terneros en esta posición están normalmente muertos debido a la asfixia por la flexión de la nuca y a la presión de las fuertes contracciones de la madre. Pero este aún tenía un poco de vida y de salir, tendría que ser en una sola pieza.

Fui hasta el balde de agua, ya fría y sanguinolenta y silenciosamente remojé mis brazos. Me estiré sobre el suelo nuevamente, sintiendo las piedras más duras que nunca contra mi pecho. Clavé los dedos de mis pies entre las piedras, limpié el sudor de mis ojos y por centésima vez introduje mi brazo que parecía como espagueti entre la vaca; al lado de las pequeñas patas reseca del ternero que rosaba mis carnes como papel de lija; luego hasta el dobléz en la nuca, hasta la oreja y luego agonizantemente por un lado de la cara hasta la mandíbula inferior que se había convertido en la máxima obsesión de mi vida.

Era increíble que yo hubiese estado haciendo esto durante dos horas, luchando a medida que mis fuerzas desfallecían, para poner un ojal alrededor de la mandíbula. Ya había ensayado muchas otras cosas: devolviendo una pierna, tracción suave con cadenas, pero volví al ojal.

Todo había sido una sesión miserable; el granjero, el señor Dinsdale era un hombre alto, parco y de aspecto triste, quien siempre parecía estar esperando que ocurriera lo peor. Estaba con él, su hijo también alto, triste y silencioso, ambos habían observado mis esfuerzos con profundo pesimismo.

Pero lo peor de todo había sido el tío. Desde el mismo instante en que entré en la pesebrera me sorprendió el ver un viejo de baja estatura y ojitos brillantes con un sombrero aplastado, estaba sentado comodamente sobre un bulto de paja; alimentaba su pipa y observaba atentamente el espectáculo.

“Ahí tiene joven”. Gritó con acento nasal. “Yo soy el hermano del señor Dinsdale y tengo mi granja en Listondale”.

Yo coloque mi equipo en el suelo y repliqué: “Cómo está Ud.? Mi nombre es Herriot”.

El viejo me miró fijamente de arriba abajo. “Mi Veterinario es el señor Broomfield. Me imagino que ha oído hablar de él, todo el mundo lo conoce, supongo yo. Qué extraordinario es el señor Broomfield; especialmente para partos. Sabe una cosa? Yo jamás le he visto vencido”.

Hice esfuerzos por sonreír, pero solo una lánguida sonrisa apareció en mi rostro. En cualquiera otra circunstancia me hubiera deleitado escuchando acerca de lo buenos que son mis colegas, pero por algún motivo, no en este preciso momento. En efecto, aquellas palabras sonaron como un mal augurio para mí.

“No creo que lo conozca”, dije despojándome de mi saco y con relucencia sacando la camisa por encima de mi cabeza. “Pero es que no hace mucho tiempo que estoy por estos lares”.

El tío quedó impresionado. “Ud. no lo conoce, bueno Ud. será el único que nó”. Se quedó en un airado silencio mientras encendía su pipa. Luego lanzó una mirada a mi espalda. “El señor Broomfield es fuerte como un boxer. Jamás he visto músculos iguales”.

Un aire de debilidad recorrió mi cuerpo lentamente. De pronto, sentí mis pies pesados como plomo y me sentí inservible. A medida que empe-

cé a sacar las cuerdas e instrumentos sobre una toalla limpia, el viejo habló otra vez.

“Me perdona que le pregunte, pero cuánto tiempo hace que le dieron su licencia?”.

“Bueno, más o menos 7 meses”.

“Siete meses!” El tío sonrió igualmente, aspiró su tabaco y lanzó una bocanada de humo azul.

“Bueno, yo siempre he dicho que no hay nada mejor que la experiencia. El señor Broomfield está haciendo mis trabajos desde hace 10 años, y él realmente sabe lo que tiene que hacer. No! Ud. puede tener la enseñanza de los libros, pero yo siempre prefiero la experiencia. Eché un antiséptico en el balde y enjaboné mis brazos cuidadosamente. Me coloqué de rodillas detrás de la vaca.

El señor Broomfield siempre se coloca algún lubricante en sus brazos, en primer lugar”; dijo el tío aspirando felizmente su pipa. “El dice que se pueden adquirir infecciones del útero si se utiliza solamente agua y jabón”.

Hice la primera exploración. Este el peor momento para todos los veterinarios: cuando introducen su mano en la vaca. En cuestión de segundos podrá saber si estará de regreso en 15 minutos, o si por el contrario, le esperan largas horas de dura labor.

No tuve mucha suerte en esta oportunidad; era una presentación muy difícil. La cabeza hacia atrás y sin ningún espacio libre; parecía estar más bien ante una ternera subdesarrollada, que ante una vaca de segundo parto. Estaba reseca; los líquidos debieron haber salido desde muchas horas antes. La vaca estaba pastando lejos de la casa y había empezado el parto por lo menos una semana antes de lo esperado; esta fue la razón por la cual tuvieron que traerla hasta esta semiarruinada pesebrera. De todas maneras pasaría un largo rato antes de que yo pudiera ver mi cama nuevamente.

“Bueno, que ha encontrado joven?” La voz grave del tío interrumpió el silencio. “La cabeza pa’trás, no? No tendrá mucho trabajo. Yo he vis-

to al señor Broomfield hacerlo muy fácilmente. El hace girar el ternero y lo saca de nalgas”.

Yo había escuchado esta tontería con anterioridad. Un corto tiempo de práctica me había enseñado que todos los granjeros son expertos, cuando se trata de los animales de otros. Cuando sus propios animales tienen problemas, tienen la tendencia a correr al teléfono para llamar al veterinario, pero con los dos los vecinos, son seguros, conocedores y llenos de sabios consejos. Otro fenómeno que había observado, era que sus consejos eran siempre considerados como más valederos que los del veterinario. Como en este caso, por ejemplo; el tío era obviamente aceptado como un sabelotodo y los Dinsdales escucharían con respeto todo lo dicho por él.

“Otra forma, para un trabajo como este”, prosiguió el tío, “es conseguir unos cuantos vecinos con sogas y halar hasta que salga, aunque sea con la cabeza pa’trás”.

Yo resoplaba, a medida que pensaba en la solución. Tengo temor de que sea imposible hacer dar una vuelta completa al ternero, en un espacio tan reducido. Y halarlo sin hacer voltear la cabeza, equivaldría a quebrar la pelvis de la madre . . .

Los Dinsdales entrecerraron sus ojos. Aparentemente ellos pensaron que yo estaba anonadado por la sapiencia superior del tío.

Y ahora, dos horas más tarde, el fracaso estaba a la vista. Estaba casi perdido. Me había revolcado sobre las piedras, mientras que los Dinsdales me miraban con un extraño silencio y el tío mantenía su retahíla de comentarios.

El tío, con su tosca cara, reluciendo deleitadamente sus ojitos espabilantes; no había tenido una noche tan feliz en muchos años; la vigilia había sido pagada con creces. Su vitalidad no había disminuído; había disfrutado cada instante.

Cuando yo yacía allí, con los ojos cerrados, la cara tiesa por la mugre y con la boca abierta, el tío tomó su pipa en la mano y se recostó sobre el bulto de paja. “Ud. está más o menos vencido, joven”, dijo él con profunda satisfacción.

“Bueno, yo jamás he visto vencido al señor Broomfield, pero es que él tiene mucha experiencia. Y, lo que es más importante, él es fuerte, muy fuerte. Ese es un hombre incansable”.

La impaciencia me recorrió de arriba abajo. Lo que debía hacer era pararme, tomar el balde de agua sanguinolenta, ponérselo de sombrero al tío, bajar corriendo y fugarme; lejos de la zona, del tío, de los Dinsdales y de la vaca . . .

Al contrario, aprete mis dientes con fuerza, cerré las piernas y empujé con todas las energías que me restaban y con una sensación de incredulidad, sentí que la cuerda se deslizaba sobre los afilados incisivos entre la boca del ternero. Fervientemente, musitando una oración, halé la fina cuerda con mi mano izquierda y sentí que el bozal se cerró. Había amarrado la mandíbula inferior!

Al fin, pude empezar a hacer algo. “Ahora, sostenga esta cuerda señor Dinsdale y manténgala ligeramente tensa. Voy a repeler el ternero y si Ud. hala simultáneamente, la cabeza tiene que dar la vuelta”.

“Que pasaría si la cuerda se corre?” Preguntó el tío con alguna esperanza. No respondí. Introduje mi mano otra vez contra el hombro del ternero, empecé a empujar contra las contracciones de la vaca, y sentí que el pequeño cuerpo se alejaba.

“Ahora, halando más fuerte, señor Dinsdale, sin ceder” Y ahora, diciéndome a mí mismo; “Oh Dios mío! no permitas que se suelte”.

La cabeza estaba dando la vuelta. Pude sentir la nuca estrecharse contra mi brazo, luego la oreja rozó mi codo. Deje ir el hombro y agarré la pequeña trompa. Manteniendo los dientes alejados de las paredes de la vagina, guié la cabeza hasta colocarla en el lugar debido, es decir, sobre los miembros anteriores. Rapidamente el bozal hasta colocarlo detrás de las orejas. “Ahora hale, a medida que la vaca haga fuerza”.

“Noo. Ud debería halar de los miembros ahora”; intervino el tío.

“Hale de la desgraciada cuerda como he dicho!” Repuse en tono airado y me sentí mucho más cómodo al ver que el tío se retiró ofendido hasta su bulto de paja.

Al halar salió la cabeza y le siguió el resto del cuerpo fácilmente. El animalito yacía quieto sobre las piedras, los ojos vidriosos, y la lengua azul y un poco edematosa.

“Seguro que está muerto”, grito el tío regresando al ataque.

Le limpié las mucosidades de la boca, sople fuertemente sus fauces y empecé a darle respiración artificial. Después de unas cuantas presiones sobre las costillas, el ternero respiró y sus párpados se entreabieron. Luego empezó a inspirar y estiró una pata.

El tío se quitó el sombrero y se rascaba la cabeza en ademán de incredulidad.

“Dios Santo, está vivo. Francamente creí que se había muerto mientras Ud. gastó todo ese tiempo”. Mucha de su agresividad se había disipado y la pipa colgaba de sus labios.

“Yo se lo que este amiguito quiere”, dije. Tomé el ternero por sus miembros anteriores y lo arrimé hasta la cabeza de su madre. La vaca estaba tendida de costado y su cabeza estaba extendida sin fuerzas sobre el piso. Sus costillas, apenas se levantaban y los ojos estaban casi cerrados. Ella parecía querer ignorar todo a su alrededor. Luego sintió el cuerpo del ternero sobre su cara y ocurrió una transformación milagrosa; sus ojos se abrieron ampliamente y su trompa empezó a olfatear el nuevo ser. Su interés crecía con cada olfateada y quería desplazarse sobre su pecho para oler y lamer al ternero por todas partes. Luego empezó a lamerlo, metódicamente. La naturaleza provee el masaje estimulante más perfecto para un momento como este, la pequeña criatura arqueaba su lomo a medida que las fuertes papilas de la lengua rosaban su piel. En un minuto, él estaba moviendo la cabeza y tratando de pararse.

Yo sonreí. Este era el éxito que esperaba. El pequeño milagro. Esto era algo que nunca dejaba de emocionarme, no importaba cuán frecuentemente lo presenciara. Me limpié el máximo de sangre seca y mugre de mi cuerpo, lo más que fue posible, pero la mayoría se había adherido a mi piel, y ni siquiera las uñas podían removerlo. Tendría que esperar el baño caliente en la casa. Poniéndome la camisa sentí como se hubiese sido golpeado a palos. Todos los músculos me dolían. Mi boca estaba reseca y mis labios casi adheridos el uno al otro.

Una figura larga y triste murmuró cerca. "Qué tal algo para beber?". Preguntó el señor Dinsdale.

Sentí mi tesa cara quebrarse en una incrédula sonrisa. Una visión de te caliente, mezclado con whisky, humeaba frente a mí. "Es muy amable de su parte señor Dinsdale. Me agradecería un trago. Fueron dos horas muy duras".

"Noo," dijo el señor Dinsdale mirándome fijamente. "Quiero decir para la vaca".

Yo me turbé. "Oh sí, desde luego, ciertamente, por todos los medios, dele algo de beber. Ella debe estar muy sedienta. Esto le caerá muy bien. Desde luego, dele alguna bebida".

Recogí mi equipo y salí como un tiro de la pesebrera. Todavía estaba oscuro y un fuerte viento soplaba sobre la nieve, quemando mis ojos. Cuando bajaba pesadamente la falda, la voz del tío, estridente y nunca vencida, me alcanzó por última vez:

"El señor Broomfield no cree que se debe dar bebidas a la vaca después del parto. Según él, esto refría el estómago".